

NUESTRA HISTORIA Y LA HISTORIA DE ÉL

Paul Bassett

Moisés instruye a Israel, “Y cuando sus hijos les pregunten: ‘¿Qué significa para ustedes esta ceremonia?’ les responderán: ‘Este sacrificio es la Pascua del Señor, que en Egipto pasó de largo por las casas israelitas. Hirió de muerte a los egipcios, pero a nuestras familias les salvó la vida.’ Al oír esto, los israelitas se inclinaron y adoraron” (Ex. 12: 26-27).

Isaías cita la invitación de Yahvé; “Tus oídos percibirán a tus espaldas una voz que te dirá; ‘Este es el camino; síguelo’ ya sea que te desvíes a la derecha o a la izquierda. Entonces profanarás tus idolos...; los arrojarás como cosa impura, y les dirás: ‘¡Fuera de aquí!’ ” (Isaías 30: 21-22).

Nuestro Señor se ofrece a sí mismo en pan y vino, diciendo, “Hagan esto en memoria de mí.” “Recuerden” imbuje las Escrituras, porque las Escrituras señalan la obra redentora de nuestro Dios a cada vuelta en el tiempo y el espacio que nosotros conocemos. Pero este recordarnos sobrepasa el recuerdo intelectual o emocional. Comienza en la gracia preveniente, el llamamiento constante del Espíritu Santo a todos, en todas partes, en todo tiempo a que seamos reconciliados con Dios, y, unos con otros.

Este acordarnos nos dirige hacia la adoración – “Acuérdate del sábado para consagrarlo” (Ex. 20: 8). Este acordarnos tiene como blanco guardar en santidad aquello que Dios ha santificado. Este acordarnos nos dirige a la adoración hacia el apropiarnos de lo que Dios ha hecho por nosotros en la vida ordinaria.

Que la vida de la iglesia, entonces, sea arraigada en el acordarnos – en la proclamación, en nutrir, en los sacramentos, y en las buenas obras. También, este acordarnos se arraiga, no en nosotros sino en la obra del Espíritu Santo. Al entrar en el gran acto de santa recordación, la Eucaristía, confesamos “Creemos en el Espíritu Santo, el Señor y Dador de la Vida.”

El acordarnos cristiano empieza por ese Señor y esa dádiva. Y ese señorío y esa dádiva señala más allá a la Palabra Viviente y hacia la Palabra Escrita.

El acordarnos por medio de escuchar la Palabra y el acordarnos de nuestra particular historia como una rama del único Cuerpo de Cristo perpetúa *paradosis*, *tradio*, un transmitir a, un infectar con, nuestra propia y la próxima generación así como la larga línea de generaciones nos ha infectado, nos ha transmitido, nos ha afectado, y ha sido nuestra levadura. Debemos transmitir no tan simplemente el acordarnos sino la gracia, no un simple recuerdo (por reverente que sea) sino un llamamiento a tomar una decisión. Hasta donde las historias de la Iglesia del Nazareno y de los nazarenos nos hagan exclamar, “¡Qué Iglesia tan grande!” “¡Qué persona tan grande!” podrán haber fallado. Fallan ciertamente, si no nos causan decir, “¡Gracias a Dios por éste, instrumento de Dios!” Funcionan mejor nuestras historias cuando primera y esencialmente invoquen alabanza y gracias a Dios.

Nuestras historias, como historias de una rama del Cuerpo de Cristo, debieran ser testimonios, confesiones, aun cuando tengan que reportar el lado negativo de las cosas. Al

reportar éxito, testifican que el Espíritu ha sido el Señor y el dador de la vida. Al confesar los fallos, o si no, la pecaminosidad, testifican del perdón del pecado. Siempre, las historias deben testificar de la necesidad de la gracia de Dios y los beneficios de la reconciliación.

Los que cuenten cualquier parte de esta historia estarán obligados moral y espiritualmente a usar la historia para proclamar el Evangelio, dentro del cual yace una invitación a confesar, a arrepentirse, y a recibir la gracia redentora de Cristo. Que repasen la historia tratando de infectar a los oyentes con ese Evangelio.

Todos sabemos que la mayoría de los relatos de nuestra historia nos han traído solo a decir, “¡Qué iglesia tan grande!” o “¡Qué persona tan grande.!”

Hemos tenido buenas intenciones. Y sí que ocurren aquí y allá exclamaciones pías en los relatos. Pero con demasiada frecuencia hemos dirigido nuestros relatos con intención de elevar instituciones o a personas o los hemos dirigido para lograr que la gente haga algo. Una razón fundamental por la cual tenemos que levantar preguntas revisionistas acerca de nuestras historias orales y escritas, es que nuestra real historia, la historia de El, no pudo hallar entrada en nuestros bosquejos, nuestras encuestas, nuestras plumas y nuestras computadoras.

Para ponerlo positivamente, esta misma conferencia cabe en el gran espíritu continuamente re-formador de la iglesia. Está siempre reformando. La reforma auténtica reafirma la “memoria” central de la iglesia.

A la luz de esto, permítaseme proponer respuestas breves a cuatro de las “cuestiones” planteadas por nuestro comité pro programar esta conferencia. Mis respuestas a otras cuestiones pueden ser extrapoladas de las cuatro que siguen.

¿Estamos tratando nosotros los nazarenos con nuestro pasado verdadero (nuestra historia real versus la percepción)? Respuesta: Apenas hemos tocado nuestra “verdadera historia,” nuestro pasado real. ¿Porqué? Porque tendemos a tomar por dado la parte de nuestra historia que trata el Evangelio, el lado que da hacia Dios. Nuestra atención más seria va al lado institucional de esa historia, olvidando que el sentido verdadero del lado institucional se encuentra en nuestra fidelidad al lado que trata el Evangelio; que trata con Dios.

Colocación y memoria contextual: ¿Es que la memoria cambia entre Guatemala y Chicago? y ¿Cómo refleja eso la vida de la iglesia? Respuesta: Las historias empíricas sí que difieren de acuerdo a su colocación temporal y geográfica. Pues, difieren las memorias que las moldéan. Pero rechazamos los atentos a hacer “la razón de ser” de las historias empíricas, especialmente las “razones de ser” que causen divisiones. Fundamental a la iglesia es su catolicidad. La historia de la iglesia en los dos lugares mencionados es también mi historia. La historia de la iglesia en todo lugar pertenece a todos nosotros, porque hay tan solo una verdadera historia, es decir, el Evangelio del Amor redentor de Dios, “Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; un solo Dios y Padre de todos, (Efesios 4: 5-6). Podríamos poner la pregunta en otra forma en palabra y en hecho: Dadas las diferencias de memoria dentro de la vida de la iglesia, con toda su variedad, ¿cómo logramos expresar el recuerdo común, la memoria común, la memoria dada por el Señor y Dador de la vida de la Iglesia?

¿Es que la globalización o la internacionalización requieren una memoria? ¿Necesitamos memoria nosotros? Respuesta: Dios no ha obrado nunca en lo abstracto sino que siempre en los particulares de la historia. Para comprender y amar a Dios y al prójimo incondicionalmente, yo tengo que saber historias particulares. Tengo ansias de saber estas historias particulares porque Dios me ha traído con su gracia a su familia maravillosa y variada. ¿Puede el Cuerpo de Cristo siquiera hablar globalmente e internacionalmente sin una memoria? No es tarea nuestra formar una identidad. El llamamiento de Dios de dentro de la grande historia redentiva, tanto dentro de las Escrituras como en la vida continua del Cuerpo de Cristo (inclusive la Iglesia del Nazareno), ya nos ha otorgado una identidad. Nuestra tarea en toda edad y en todo lugar, es de expresar aquella identidad. Nuestra identidad específica está definida por nuestro llamamiento a ejemplificar, enseñar, y predicar una faceta particular de aquella historia redentiva, es decir, la santidad del corazón y de la vida. Hacer precisamente esto ya nos ha dado una rica historia o una memoria dentro de la historia más amplia del Cuerpo de Cristo.

Prendamos esta historia, toda, y demos testimonio de ella como relato, una memoria, de cómo obra Dios. Contemos la historia entera, de manera que el oyente o el lector alabe y glorifique a Dios, y no tan solo diga, “¡Qué iglesia tan grande!” o “¡Qué persona tan grande!”